

de que un extranjero que en otro tiempo estuvo en Alemania estudiando, por ejemplo, filosofía, está ahora, en esta guerra, de parte de los aliados, exclaman con dolor: «Es que no ha entendido la filosofía alemana.»

EL PRINCIPIO DE LIMITACIÓN EN LA FILOSOFÍA CLÁSICA ALEMANA

Si con esto se quiere decir que en toda la filosofía alemana ha dominado siempre el ideal de ilimitación, engendrando este monstruo del Estado ilimitado que ahora se nos brinda, contestaremos que nada menos cierto. Lo más notable y permanente del pensamiento alemán afirma precisamente la limitación. En el orden religioso, Lutero levanta bandera de limitación contra el poder temporal de la Iglesia. En filosofía, Kant, el prusiano por accidente, no por espíritu, de origen escocés, pone con su inmortal *Crítica de la razón pura* un dique insalvable y eterno á las ilimitaciones de la razón. En política, frente á la idea del imperio universal, escribe su *Estado comercial cerrado* el gran Fichte, aquel apasionado de la libertad que tronaba desde su cátedra de Berlín contra la invasión napoleónica, mientras en las calles inmediatas se oía amenazador el paso del enemigo á caballo. Pero fué Goethe el que en una frase de cuño imborrable definió la concepción del mundo de la filosofía clásica alemana: ilimitados por dentro, limitados por fuera. Quiere este apotegma decir que en

nuestro fuero interno no debe haber otros límites que los de la propia razón, siempre susceptibles de ensanchamiento; que no debe dominarnos ninguna idea que nos venga de fuera ó que tenga sus raíces en las tinieblas del instinto, revestida á veces con toda la pompa de la fantasía ó con todo el andamiaje de una lógica ficticia. En cambio, externamente limitados, no sólo yo, mi vecino y el vecino de mi vecino, sino todos los que componemos una sociedad humana, limitados en el dominio de las cosas; nosotros limitando con nuestra dignidad humana á los demás hombres, y los demás hombres limitando nuestras ambiciones materiales con la suya. No es fácil comprender cómo pretende Chamberlain fundamentar la idea de su Estado ilimitado con esas profundas palabras de Goethe y con estas otras, eternas, de Kant: «A todo hombre hay que tratar siempre como fin, nunca como simple medio». Naturalmente, no basta que no sea medio directo y visible para otro hombre; puede ser también medio indirecto, por rodeo, para otros hombres, como ocurre en el Estado absoluto, donde, en último término, la nación entera es instrumento del monarca que le encarna y del grupo de consejeros, militares y civiles, científicos ó iletrados, que le circunda.

Precisamente, el ideal que forma como la espina dorsal de los países aliados es ese que descubrimos en la filosofía clásica alemana. Es un ideal de cultura, de cultivo del espíritu, para hacerle cada vez más

libre y más sediento de libertad. Es en el fondo, aunque en otras palabras, ese mismo ideal de la Revolución francesa que tanto repugna á Chamberlain y á todos los Chamberlain que existen no sólo en Alemania, sino en el mundo entero, incluso en los demás países beligerantes. Esas áureas palabras de Kant y Goethe y ese gran librito de Fichte que hemos mencionado conducen fatalmente al principio de la nacionalidad, por oposición al de imperialismo; al de democracia, por oposición al de autocracia; al de un Estado en perpetua fermentación y evolución, frente á un Estado absoluto é inalterable; á una organización espontánea y libre, frente á una organización científica y mecánica; á una exaltación de la personalidad humana, frente á un esclavizamiento del hombre; en suma, á más cultura y menos civilización, ó por lo menos á tanta cultura como civilización.

No: los que repudian lo más universal de la filosofía alemana, y no sólo los ideales de la Revolución francesa, son los alemanes de hoy. No son hijos espirituales de Kant, sino de aquel genial charlatán Hegel, que restauró en filosofía y en política el principio de la ilimitación con sus conceptos absolutos y con definiciones como aquella de que el rey es el espíritu universal á caballo; ni son hijos de Fichte, sino de los numerosos sucesores hegelianos, como ese Treitschke y ese Bernhardi, apóstoles de la única ley de la fuerza, de la necesidad y del *Væ victis*; ni son

hijos de Goethe, sino de ese Schopenhauer que trajo esa idea de la voluntad absoluta, y de ese Nietzsche, el pobre loco, símbolo de la debilidad humana, que trajo ese mito antropológico del superhombre, ó sea del hombre absoluto.

EL IDEAL DEL HOMBRE LIBRE

Ciertamente, Inglaterra, Francia é Italia no son Estados perfectos ni podrán serlo nunca. La perfección, como la libertad, no es un límite, sino un ideal. Pero en estos países y en todos los que están constituidos sobre los mismos principios, incluso en las Repúblicas americanas, que los organizadores científicos de Alemania tanto desdeñan, el hombre tiene siempre el sentimiento de la libertad. No es quizás todo lo libre que él quisiera, pero nadie le impide de modo absoluto que combata por serlo. Esta posibilidad de combatir por la libertad—llámese el instrumento sistema parlamentario, huelga ó revolución—da al hombre una inmediata sensación de libertad. Por nada del mundo cambiaría esto un hombre libre. Las promesas de bienestar, de orden, de perfecta organización, á cambio de su personalidad, de su sometimiento incondicional, sólo pueden complacer á los que tienen alma de esclavos. El hombre libre no quiere sino lo que él conquista libremente. Por muy sabia que sea una tiranía, por muy ilustrado que sea un despotismo, por muy científica que sea una orga-

nización social—denominaciones distintas y una misma cosa—, el hombre libre los repudiará por todos los medios, sin excluir la fuerza. Esta guerra es un ejemplo de ello: es la aplicación máxima de la fuerza contra la tentativa brutal de llevar á unos pueblos un sistema político que les repugna cordialmente.

Y cuando oigamos decir que no hay tal diferencia de ideales políticos, que todos son unos, respondamos con energía: No y mil veces no. Francia, Italia é Inglaterra han cometido en su historia graves atentados contra la nacionalidad; pero el principio de los derechos de los pueblos, como el principio de los derechos del hombre, está en ellas vivo y en condiciones de desarrollo. Sus democracias no son perfectas; pero esa agitación que tanto asusta á los déspotas revela que el principio democrático es también una cosa viva en esos pueblos, una idea en proceso de desenvolvimiento. La personalidad humana no llega en ellos á su máxima expresión, pero está en camino de eliminar todas las trabas históricas que estorban á su desarrollo. La organización social en que viven no es, afortunadamente, científica, como no es científica la vida de ninguna planta y de ningún animal que crecen con carácter propio; sabido es que en el invernadero ó en el encierro doméstico pueden cambiar de forma y aun embellecerse externamente; pero á la planta y al animal, como al hombre, la domesticación les roba ese impulso vital, esa fuerza dinámica y creadora que constituye su carác-

ter. La personalidad del hombre se extingue en la esclavitud. Su florecimiento exige un principio de libertad, aunque sea anárquica.

A cambio de todo esto, imperfecto, pero en vías de perfeccionamiento, nos ofrecen los alemanes un sistema político en que no haya espacio para la nacionalidad ni para la personalidad humana—la una es como la prolongación y contorno de la otra—. Pero eso no es nada nuevo: ya lo conocíamos. Nos recuerda las viejas organizaciones sociales de los egipcios, de los babilonios y actualmente de los chinos. En su proceso de siglos, el hombre ha ido eliminando estos sistemas de vida política. De supresión en supresión, ha llegado al tipo de la democracia europea. Mala es aún, pero está haciendo todo lo posible, no por extirparla, sino por mejorarla gradualmente. El inglés, el francés, el italiano—y con él todo hombre que no quiera situarse políticamente antes de la Revolución francesa—es un hombre que aspira á una realidad desconocida antes en la Historia, no á un retroceso. Lo que propone Chamberlain—y con él todos los pensadores y políticos alemanes contemporáneos—es una represión, una disminución de la personalidad humana, un salto atrás al principio de la esclavitud, revestido en formas de ridículo y pedantesco cientifismo. A eso responde el europeo, el verdadero hombre europeo, con Wagner: No sabemos realmente lo que queremos; pero sabemos que no queremos eso. Porque sabe lo que no quiere ha-

ido á la guerra contra el alemán asiático, contra el chino de Europa. Y nos dice que no volverá de ella sino vencedor, pues prefiere la muerte á su asiaticación. Desde nuestra trinchera espiritual, saludemos en él á un hermano del espíritu.

PARA QUE EUROPA TRIUNFE

¿Cómo saldrá Europa de la guerra: vencida ó triunfante? Acaso sorprenda la pregunta, pero ella expresa en último término el máximo y el último problema de la guerra. No es esta la primera vez que se dice, mas no será superfluo repetirlo: Europa está pasando por la terrible ordalía de una guerra civil. Como en toda guerra intestina, por encima de este ó del otro bando flotará el triunfo ó la derrota de la unidad continental que abraza á todos. Vencerá Europa si tras la ingente lucha consigue aniquilar en su propio seno el germen que produjo la actual catástrofe; será vencida si la conciencia europea no recobra la seguridad de que se ha conquistado por tiempo indefinido una paz indestructible.

No basta que no triunfe Alemania para evitar la derrota de Europa. Alemania no triunfará: esto es ya un hecho rotundo y definitivo. Ha pasado su hora. Ciertamente, aunque hubiera logrado sojuzgar á Francia y á Rusia, válida de la sorpresa y del poder de

una organización militar oculta y lentamente preparada durante muchos años, su victoria hubiera sido efímera, una tregua la paz concertada con esos países é inevitable una nueva guerra que devolviera á Rusia y Francia su independencia y su poder en Europa. Por fortuna, Francia y Rusia no necesitarán otra guerra que les desquite de lo que en esta pierdan. Nada perderán. La supremacía de Alemania en Europa fué una idea imposible. Mal podía aceptar la Europa de hoy, madura y celosa como nunca de sus libertades, lo que rechazó en tiempos de Felipe II, de Luis XIV y de Napoleón. La imposibilidad de ésa idea, después de la treintena de meses que dura ya la guerra, es además un evidente, un incontrovertible hecho de experiencia.

Pero no basta. Europa no vencerá mientras no se derrote radicalmente á Alemania. ¿Qué significa esto? Los alemanes han intentado falsear la naturaleza de esta necesidad de su derrota diciendo que sus enemigos pretenden aniquilarlos. Nada menos cierto, como ha declarado categóricamente Asquith al responder á Bethmann-Hollweg. Los aliados practican aquel concepto que de la guerra tenía su gran teorizante, el alemán Clausewitz, el cual lo consideraba como una lucha política por medios violentos. En toda lucha política y en la guerra así considerada, las fuerzas opuestas, por grande que sea la divergencia y áspero el combate, defienden siempre algo común: la destrucción del adversario ó del enemigo

equivale á un debilitamiento del mismo vencedor. Es como si mis dos manos se trabaran en lucha y la derecha separase del brazo, á golpe de cuchillo, la izquierda.

Los aliados no necesitan aniquilar á Alemania, sino rendirla; no aspiran á borrarla del mapa, como aseguran malévolamente los mismos alemanes, sino á incapacitarla para provocar una nueva guerra europea. Este es el gran problema político-militar del presente conflicto. Bien claramente saltan á la vista las enormes dificultades de su solución. Pero Europa ha de resolverlo si no quiere salir irreparablemente vencida de su guerra civil.

En dos formas podría quedar derrotada Alemania: puramente militar, la una; política, la otra. Si los aliados lograsen batir y rendir incondicionalmente á las huestes germánicas, podrían dictar una paz que por muchos años redujese á impotencia á Alemania. Para ello bastaría con exigirla una crecida indemnización ó con limitar, como hizo Napoleón con Prusia, la fuerza de su ejército. Esta solución desvanecería por algún tiempo el peligro de una nueva guerra germánica, pero quizás no de un modo permanente. El ejemplo de Francia, después de la guerra del 70, demostró que una indemnización no basta para sojuzgar definitivamente á un pueblo. En cuanto á la reducción obligatoria de su ejército, el ejemplo de Prusia en la época napoleónica enseña que un pueblo, lejos de abatirse por ese género de imposiciones, se siente

como exaltado por ellas y dispuesto á no perdonar treta ni omitir sacrificio para recobrar su soberanía.

La más profunda de todas sería la derrota política. Quiero decir con esto que Alemania, como potencia internacional, en ningún caso dejará de ser tan peligrosa para la paz de los demás pueblos como si por consecuencia de esta guerra acabase con el régimen absoluto de los Hohenzollern. La autocracia prusiana es el tumor que Europa ha de extirpar si no quiere salir vencida. En último análisis, esta guerra es un conflicto entre autocracia y democracia. Se ha querido ridiculizar esta tesis, no sólo por parte de los que están en la banda de la autocracia, sino también por parte de sinceros demócratas; pero es que la mayor parte de sus impugnadores no la han comprendido. Se dice que las diferencias de régimen político interno entre Alemania y sus enemigos, no ya sólo Rusia, la zarista, sino la misma republicana Francia y aun la liberalísima Inglaterra, no son tan considerables. Es verdad, si por eso se entiende que no existen grandes diferencias en el bienestar general, en las relaciones entre el Estado y el individuo y en las luchas sociales. Externamente, la semejanza no puede ser mayor. También se dice que en el fondo de la guerra palpitan viejas, enconadas y recíprocas rivalidades económicas, que engendran para todos los beligerantes una responsabilidad común. En efecto: no pueden negarse esas rivalidades ni es inadmisibles esa responsabilidad.

Pero todo esto no tiene nada que ver con la tesis de democracia contra autocracia. Aun dando por cierto todo eso, queda un hecho claro é irrefutable: una democracia como Francia y una democracia como Inglaterra—después de veinte meses de guerra, aún se le está predicando al pueblo que la acepte de buen grado, y en el momento de escribir estas líneas hay una insurrección en Irlanda—no hubieran aceptado nunca una guerra agresiva. Una verdadera democracia alemana tampoco hubiera tolerado una guerra de agresión. Sólo una autocracia podía recurrir al bárbaro arbitramento de las armas para resolver las diferencias coloniales, económicas y de amor propio que tenían dividida á Europa.

Este es, pues, el sentido de la autocracia germánica frente á la guerra: no una relación entre el Estado alemán y los alemanes, no un concepto de libertad política, sino una relación de Estado á Estado, una situación internacional. Una democracia es algo más que una garantía de paz para los demás pueblos: es también, en su falta de preparación militar, una tentación para la águilas caudales de las autocracias vecinas. Su desconfianza del militarismo es tan profunda, que prefiere vivir indefensa y en riesgo frente al militarismo extranjero que caer bajo el yugo de uno propio. Esto es inevitable y fatal en su naturaleza. Por eso es ilógico el reproche que se hace á Francia y á Inglaterra. No podían estar preparadas ni podrán estar preparadas militarmente en la medida im-

20265

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1623 MONTERREY, NUEVO LEÓN

puesta por una autocracia militarista como Alemania si lo hubieran estado, no serían las democracias que hoy son.

Pero precisamente por esto mismo, una vez que se les ha provocado á la guerra, es natural y fatal que las democracias no quieran terminarla sin reducir á impotencia á la autocracia. Este es, en suma, el último propósito ideal de los aliados: la democratización de Alemania. Aun suponiendo que el ejército alemán quede absolutamente vencido, siempre sería difícil obligar á los alemanes á prescindir de los Hohenzollern y á instaurar un régimen democrático. Todos los ejércitos del mundo no bastarían para imponer á un pueblo un sistema de libertad si espontáneamente no se siente libre. La única esperanza es que el pueblo alemán, si se derrota á su ejército, pierda el respeto casi religioso que tiene por sus gobernantes y establezca con una revolución un régimen de democracia.

Sólo entonces podría decirse que Europa habría vencido en esta guerra. Ya no sería Alemania una máquina gigante de guerra que un hombre, con un gesto, con una palabra, podía lanzar asoladoramente sobre todo un continente, sin una pregunta, sin una duda, sin una protesta por parte de los millones de alemanes que forman su complicado, terrible y dócil mecanismo. Transformada en democracia, dueña de sus destinos y respetuosa con los ajenos, no le temerían las demás democracias europeas, las cuales, por

ley natural de su existencia, defenderían de nuevo la parquedad de armamentos y renacería en ellas, con las probabilidades de una paz duradera, el optimismo y la fe en el progreso humano. Las economías que se hiciesen con los armamentos se destinarían á amortizar las inmensas deudas de guerra, y la desaparición de la pesadilla de una guerra europea daría á los espíritus ese reposo necesario para un fecundo cultivo de las ciencias y de las artes y esa confianza nacional que es indispensable para afrontar heroicamente los más arduos problemas sociales.

Como se ve, el camino de la democratización de Alemania es largo y penoso. Pero Europa tendrá que recorrerlo si ha de evitar su derrota, que será el comienzo de su irremediable decadencia. En rigor de concepto no puede decirse que los aliados luchen por la civilización: es Europa la que combate rudamente por impedir que el centro de gravedad de la civilización salga de su territorio para trasladarse á América. Pero sobre esto, sobre las consecuencias que traerá la posible derrota de Europa, su incapacidad para imponer á Alemania un régimen democrático, hablaré en el siguiente trabajo.

EUROPA Y AMÉRICA

Si por consecuencia de la guerra no se democratiza Alemania, esto es, si no se le quita á la familia imperial y á su Gobierno el mando absoluto del ejército, la paz no será mas que una tregua. Seguirá siendo la paz armada del último medio siglo, se trabajará titánicamente en el restablecimiento de las economías nacionales, tornarán otra vez los gigantescos presupuestos de guerra, se intensificará de nuevo la rivalidad de los armamentos, y al cabo de unos años, cinco, diez ó veinte, sobrevendrá otro terrible choque que acabe de destruir á Europa.

He aquí el panorama que se abre ante los ojos de las nuevas generaciones europeas si no se vence á Alemania en forma que deje de ser un peligro para Europa entera. ¿Se resignarán á arrostrarlo? Serán tan espantosos los recuerdos que esta guerra de ahora deje en la conciencia de Europa y tan rotunda la certidumbre de que habrán de repetirse si no se desmilitariza á Alemania, que, en este caso, el continente europeo sufrirá probablemente una despoblación como nunca antes en su historia. La emigración no

es sólo una fuga del hambre hacia el pan; el emigrante huye también muchas veces por motivos espirituales, ávido de una libertad y de una seguridad que acaso no halla en las viejas civilizaciones.

Este es el gran peligro para Europa: que los hermanos y los hijos de los que ahora sucumben á millones en los campos de batalla se alejen de los viejos países europeos como de un polvorín situado en medio de una lluvia de chispas. ¿Quién podrá seguir aquí trabajando fecundamente en todas las artes de la paz si no desaparece en lo alto la turbonada de una nueva guerra? El espíritu, para que cree, necesita garantías de reposo y duración. Un hombre ó un pueblo amenazado de muerte no puede entregarse á otras actividades que las que le sugiere el instinto de conservación.

Europa, es verdad, ha vivido durante medio siglo bajo una tormenta, y no por esto se ha despoblado ni ha interrumpido la tarea de acrecentar los tesoros materiales é ideales del hombre. Es que los europeos se habían acostumbrado á vivir bajo la amenaza, y además habían puesto una confianza excesiva en los dioses que tenían el rayo en la mano y en los pararrayos que habían de detenerlo. Era tan monstruosa la idea de una guerra europea—y la realidad ha superado con sus horrores á la idea—, que no parecía que hubiese nadie dispuesto á contraer la responsabilidad de provocarla. Este fué el primer error. Por otra parte, se tenía tal fe en la acción pa-

cifista de la mayor parte del capital y del trabajo, que era general la creencia de que imposibilitarían una guerra de esta magnitud. Este fué el segundo error.

Cuando se restaure la paz, conciértese como se concierte, no hay duda que estas fuerzas de contención—conciencia de responsabilidad en los gobernantes y anhelo de paz en una parte del capitalismo y en toda la clase obrera—serán mayores que nunca y, por lo tanto, habrá disminuído el peligro de una nueva guerra europea. Pero la memoria de la actual será tan dilacerante, que Europa temerá su repetición con centuplicada ansiedad. Ese estado psicológico, mezcla de terror y desengaño, puede engendrar un reflujo emigratorio de inmensa gravedad para el continente europeo.

En la ruta de Oriente á Occidente que va recorriendo la civilización á través de los siglos, América es el nuevo punto de descanso. Frente á Europa, despedazada en lucha intestina por sus propias instituciones seculares, América se ofrece ancha en el espacio y rica de contenido, suficiente para todos y limpia aún de esas complejas máquinas de gobierno que acaban por hacer omnipotentes á los menos contra los más. No es extraño que el europeo, encorvado bajo el peso de sus oligarquías, de un capitalismo implacable y de unos deberes militares aplastantes, vuelva los ojos á América como á la tierra de promisión donde el hombre puede, sin esfuerzos ciclópeos como aquí, en Europa, ser más libre y hallar mayo-

res holguras materiales. Allí no hay todavía peligros de guerras continentales ni paces armadas, que son tan insoportables como las guerras. Con el tiempo, acaso esté también condenada América á enredarse en esos sistemas políticos, regidos por la fuerza sin derecho, no por el derecho con fuerza, que acaban con los pueblos y con las civilizaciones, aunque todo hace esperar que en ese continente los hombres y las naciones alcancen un grado de libertad y de respeto mutuo no conocido antes en la Historia. De todas suertes, sea cual fuere el destino lejano de América, su realidad inmediata, si Europa no emerge triunfante de la ordalía que en estos momentos sufre, acrecentará poderosamente la fascinación que ha venido ejerciendo, desde su descubrimiento y singularmente á fines del siglo XIX y comienzos del XX, sobre los europeos.

Esta es la gran amenaza para la continuidad histórica de Europa. Si después de haber perdido en los campos de batalla varios millones de hombres jóvenes, que eran la fuerza física y la lozanía espiritual, las nuevas generaciones optasen por la emigración antes que arrostrar una nueva guerra de esta índole, ¿qué sería del continente europeo? Dejarían de fructificar los campos, de producir las fábricas, de crear obras insignes las ciencias y las artes, de parir nuevas libertades la política, y Europa entraría gradualmente en la categoría de esas regiones del mundo oriental que duermen hoy, realizada su misión, un

profundo sueño del espíritu, esperando quizás que en la eterna rotación de las cosas vuelva á ellas otra vez, en un día lejano, la hora de despertar impetuosamente.

Europa tiene la intuición de que esta guerra es para ella, en conjunto, y no exclusivamente para algunas de sus partes, una lucha de vida ó muerte. Alemania es como un quiste, cargado de ponzoñas, que le ha salido al cuerpo europeo. Y esta guerra es como una operación quirúrgica emprendida para eliminar los malos humores de la autocracia y del militarismo germánicos. Francia no quiere resignarse á dejar de ser el centro nervioso del mundo. Inglaterra guarda aún en su seno grandes tesoros de libertad y quiere vivir todavía su magnífica grandeza para llevarlos á buen parto. Italia también anhela que perdure aún la hora europea para que puedan madurar los frutos de su pujante renacimiento. Rusia, que espiritualmente comienza á ser una potencia europea, lucha heroicamente por que Europa no sucumba en la crisis ó salga de ella en estado de descomposición y decadencia. La Europa sana hará un esfuerzo sobrehumano para extirpar el tumor que amenaza su existencia. Todo es preferible, incluso la muerte por la vida, antes que transigir con un nuevo estado de cosas en que la vida europea sea una muerte lenta. Los aliados sacrificarán hasta el último hombre y hasta el último franco con tal de abatir, de un modo ú otro, el poderío militar de Alemania, porque una paz inde-

cisa sería mortal para toda Europa. Acaso el mismo pueblo alemán vea á la postre que sus intereses, como miembro de la familia europea, amenazada de disgregación si la guerra no termina de manera decisiva, están asociados á la derrota del régimen de autocracia que impera en Alemania. Una revolución eliminaría espontáneamente el maligno tumor.

Es, pues, Europa entera, sin excluir á los neutrales, y no sólo unos ú otros beligerantes, la que está empeñada en una lucha de vida ó muerte. Toda Europa, incluso la misma Alemania, está interesada en una inequívoca derrota de la autocracia germánica. Otra cosa significaría que la civilización europea comenzaba á decaer. Y esto, por ahora, no puede convenirle á la misma América. Una emigración excesiva y desordenada de hombres, huyendo aterrada-mente ante la idea de una nueva guerra europea, no sería provechosa para el continente americano. Toda evolución progresiva requiere su tiempo y su compás. Funesta es la falta de hombres para el desarrollo de un país; pero el exceso repentino puede engendrar violentas conmociones. Parece fatal que América sea la heredera de Europa; sin embargo, este proceso ha de ser gradual para que la herencia no abruma y desquicie. He aquí cómo, en suma, también América debe estar profundamente interesada en el triunfo de Europa sobre sí misma, no sólo por afinidades ideales, sino por ley de su propio desenvolvimiento.